

La Revuelta no. 4

México, Febrero 1977

Las niñas

Así fuimos niñas...

—Cuando yo era pequeña y alguien me preguntaba que quería ser de grande invariablemente contestaba que me gustaría ser hombre. Alguna vez, sorprendida, mi madre me preguntó por qué quería ser hombre, la respuesta no tardaba: Yo quería ser hombre porque me parecía que mis hermanos hacían cosas menos aburridas que las que yo tenía que hacer: No tenían que limpiar su cuarto, ni hacer su cama, ni recoger su ropa. “Imaginate, decía mi madre, siendo mujer, cuando crezcas, no tendrás que preocuparte de nada, seguramente te casarás, primero Dios, claro. En cambio piensa en cómo tus hermanos tienen que pensar en que ellos tendrán que mantener una familia, iesa es una gran responsabilidad!; tienen que estudiar y prepararse muy bien.”

—Yo me acuerdo, tenía 10 u 11 años, nos pidieron en la escuela escribir una pequeña composición con el tema: Un suceso importante o una situación difícil en tu vida. Entonces, después de pensar mucho qué cosas de algún interés me habían sucedido, empecé a escribir la historia de cuando una vez que ayudaba



a mi mamá, como toda buena niña y lavaba los trastes, se me quedó el zacate en la botella de leche. Describía emocionada cómo trataba de sacar el zacate y no podía cómo finalmente se me rompió la botella y fui a confesar esto a mi mama.

La maestra me puso Muy Bien; era una escuela de niñas.

—En mi casa mis dos hermanos y yo teníamos que hacer nuestro cuarto. Como yo era muy buena en matemáticas yo les hacía a mis hermanos las tareas y ellos arreglaban el cuarto.

—¿Nunca participaron en un concurso de lustre? o sea ponerse a lustrar un objeto de cobre hasta que se quede color

de luz. ¡Pues, yo sí! Para mi era la recompensa suprema cuando mi abuela o una de mis tías me prestaban alguno de esos objetos; podía lustrarlo el día entero. Buscaba las felicitaciones de cada una de ellas: “Qué bien lo frotaste, que limpio quedó; tu eres una niña muy limpia y trabajadora.” Lo peor era cuando me decían: “Brilla mucho, pero casi te acabaste la botella de lustrador”.

Moraleja: además de ser limpia hay que aprender a ahorrar.

—...cuando iba en segundo de primaria bordaba todas las tardes con una monja bellísima. Yo no era la única a quien le gustaba la monja. Las pocas veces que mi padre me llevó a la escuela fue para verla.

—No tuve hermanos ni primos, y aunque estudié en una escuela mixta la relación con los niños se limitaba a la competencia y los juegos amorosos; pero yo me consideraba igual a ellos. Sin embargo, más tarde me dí cuenta que si bien no lograba asumir el rol maternal con mis muñecas tenía que cortarles el pelo, convertirlas en hombres para poder jugar aventuras emocionantes.

Como se hace una mujer

sentimiento, etc., en oposición al concepto de masculinidad. Y son éstas características de las mujeres que les han sido atribuidas, impuestas, inculcadas durante tanto tiempo —el larguísimo tiempo de la opresión femenina— que acabaron por ser reales.

La familia y la escuela han sido y son las dos principales instituciones a través de las cuales se forma la conducta. Allí podemos observar como se van diferenciando los comportamientos, las actitudes de los niños y de las niñas precisamente por el trato distinto que se les da.

Desde el nacimiento empieza este condicionamiento que determina que actuemos como mujeres según las normas vigentes en esta sociedad patriarcal-capitalista. Sobre la tabla rasa de un ser humano, de una persona recién nacida empiezan a actuar los mecanismos ideológicos para que, desde muy pequeño, tenga una idea muy clara de la división por sexos de la sociedad y se adapte y se acomode en el papel que le corresponde.

El color rosa es para las niñas que muy pronto descubrirán que su sexo no tiene ninguna importancia frente al pene del niño y además que tener un pene significa poder, poder que ellas no tienen.

A la vez que en la niña se reprime la sexualidad, se le impone el instinto materno obligándola a jugar con muñecas; además de preparar a la niña para su papel de madre, se le enseña desde pequeña lo que es el trabajo doméstico: con escobitas, cocinitas, platitos, ropita, etc., la niña aprende jugando a desempeñar sus deberes como futura ama de casa.

Los juegos y los juguetes representan una reproducción en miniatura de la sociedad y la niña es relegada en este mundo a la casa. En la educación de las niñas y de los niños todo apunta hacia la mutilación de la personalidad que es necesaria para cumplir con los patrones sexuales: Una niña no se ensucia, no dice groserías una niña no se trepa a los árboles, una niña escucha, sólo habla cuando le preguntan; una niña necesita protección del hermano, es débil, no puede ir sola a ninguna parte. El niño, a su vez es condicionado para ser fuerte, viril, dominante, etc.

En todas partes, en los cuentos, en las historietas, en los libros, en la televisión, en el cine se repiten estos estereotipos para no dejar lugar a dudas sobre cuál es el rol de cada sexo.

En los cuentos las mujeres generalmente tienen solamente dos alternativas: ser Blanca Nieves o Bruja, doncella dulce, ama de casa o madrastra perversa. Esto quiere decir que la mujer que infringe el código de femineidad es confinada al mundo oscuro de potencias maléficas. Con estos cuentos las niñas aprenden que si no llevan a cabo su rol de humilde servidora, subordinada al hombre, serán castigadas. Por otra parte les es inculcado también que la única arma que tienen, el único poder que se les permite es el de la seducción, de la coquetería. Así las niñas son preparadas para su papel de objeto sexual cuya existencia sólo se justifica en función del hombre.

Este aspecto del rol femenino es reforzado, explotado hasta el cansancio por la publicidad, en los medios masivos de comunicación. Allí, las niñas aprenden a distinguir entre bellas y feas, entre gordas y flacas, y a adaptarse a los cánones de belleza vigentes, mientras esperan pasivamente la llegada de su príncipe azul.

Asimismo, su destino de consumidoras les es presentado de múltiples maneras, reforzando los valores de limpieza, pureza, etc.

Después de la familia, donde la madre ha sido el principal modelo para la niña, la escuela se encarga de seguir formando la conducta femenina, agregándole nuevos aspectos. Ahora la maestra es el nuevo punto de referencia, el modelo a seguir y para las niñas se abre el horizonte de las posibles profesiones adscritas a la naturaleza femenina: maestra, secretaria, enfermera, vendedora, etc., todas profesiones inscritas en los servicios. En los libros de texto la imagen de la madre es exaltada y se procura no plantear ninguna alternativa que no se adecúe al código prescrito; por la sociedad masculina. El destino de la niña —adolescente culminará en el matrimonio, en la maternidad, la realización de “los sueños dorados”, del mundo de los cuentos, de las películas, donde seguirá reproduciendo los mismos patrones hasta que descubra el vacío de su vida como ama de casa, sirvienta de la familia, aislada del mundo y subordinada siempre y de allí tome conciencia de su opresión como mujer, rechazando este papel como algo impuesto que no le permite realizarse como persona y emprenda la lucha como otras miles de mujeres.

La diferente conducta social de los hombres y las mujeres podría llevarnos a suponer que las diferencias fisiológicas entre ambos sexos conllevan distintas estructuras mentales. Esta idea de la “naturaleza femenina”, de hecho, se ha venido afirmando durante mucho tiempo, pero no dejó nunca de ser una suposición que no se ha podido confirmar. Por el contrario podemos demostrar el origen sociocultural de los roles de los sexos como resultado de la división sexual del trabajo.

El concepto femineidad significa en nuestra sociedad debilidad, pasividad, emotividad, sumisión, inferioridad,

NUNCA SOMOS

“Dime lo que no tienes y te diré quien eres”.

En esta forma negativa somos definidas desde que nacemos.

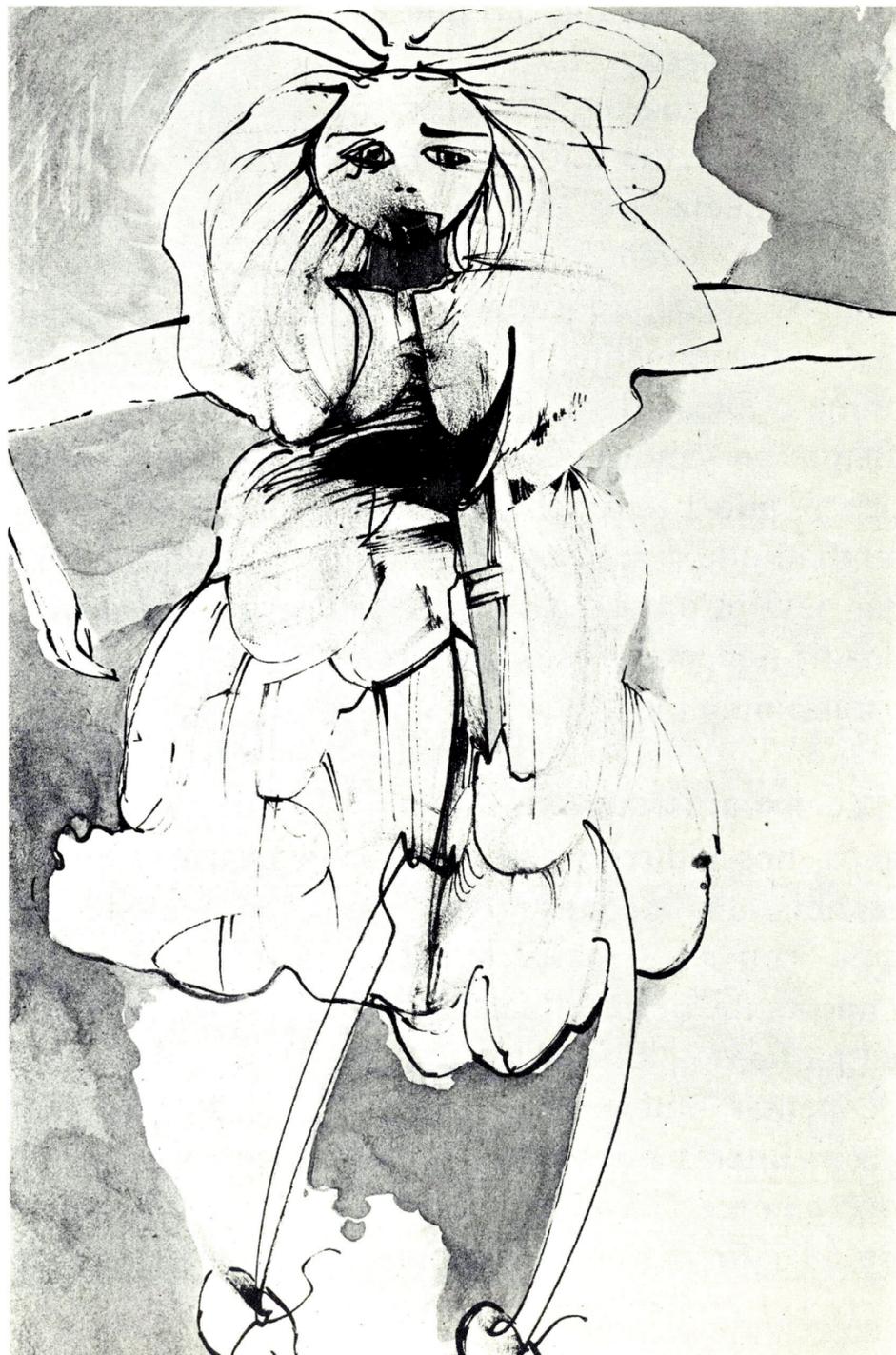
“No tengo pene, por lo tanto soy una niña”. Nuestro sexo se caracteriza por su carencia, tenemos un hoyo, una raya, dicen; no se reconoce la diferencia: que un sexo tiene una vulva, y el otro un pene, sino que uno no tiene y el otro sí tiene; en estos términos somos mujeres. Desde los primeros instantes de nuestra vida, *nuestra existencia se basa sobre la no-existencia*. El hombre nunca ha aceptado que hubiera 2 sexos diferentes, lo ha explicado fácilmente así: 2 cosas son diferentes en el sentido que uno es negro y la otra no negro, y que el hombre tiene y la mujer no tiene. Ha basado su dominación sobre la mujer en esta lógica. Su definición de nosotras como mujeres niega nuestra sexualidad porque no poseemos, y de aquí la importancia de la penetración. El hombre posee un órgano que penetra y la mujer solamente un hoyo que recibe según la concepción falocrática, lo que conlleva una acción del hombre y la famosa “pasividad” de la mujer. En el acto sexual, el hombre por su actividad domina a la mujer, la mujer es pues dominada o sometida. En el acto sexual está la raíz de los rasgos generales que nos adornan: inseguridad, debilidad, dependencia, fragilidad. . .

El discurso masculino crea, define y reproduce los conceptos o adjetivos sobre el género femenino. Hay que insistir sobre el hecho que fuimos creadas por el hombre, la mujer no existe en tanto que ser consciente de ella misma, la mujer se reconoce solamente en esta ausencia. Funciona según el esquema discursivo masculino: ellos dijeron, pensaron, escribieron sobre nosotras. Hicieron reconocer su discurso como universal. Ahora somos conscientes que tenemos todo por decir, por hacer, por crear a fin de descubrirnos a nosotras mismas.

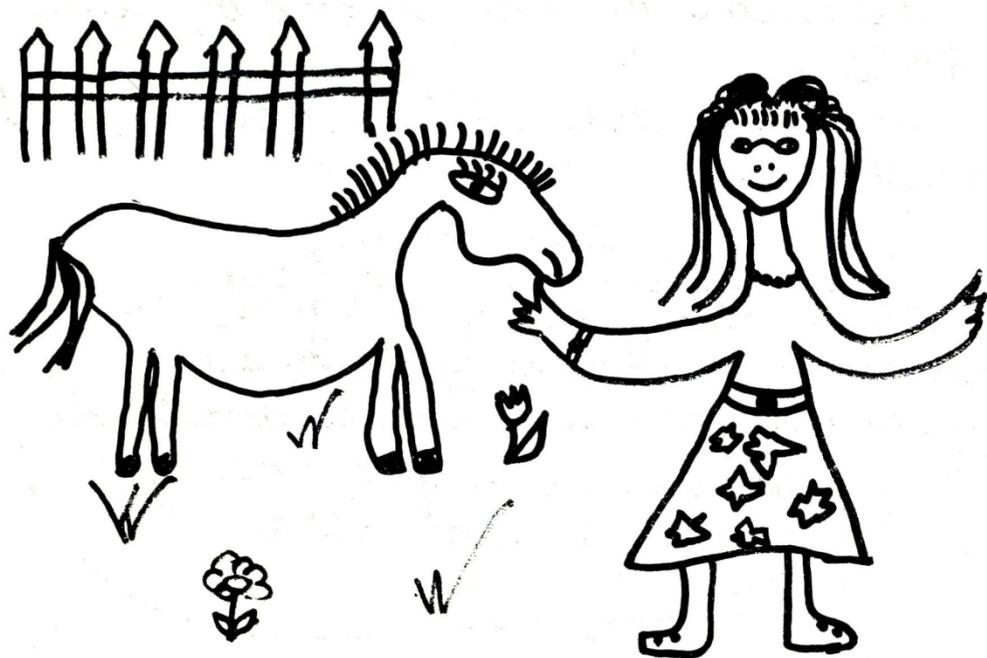
Hablar de niñas es como hablar de mujeres: no existen. No somos más que puntos de referencia para reafirmar su masculinidad. Entendemos que somos lo que ellos quisieron darnos, no somos más que la negación que valoriza su afirmación. Dócil, tímida sumisa, pasiva, estos adjetivos aplicados al sexo masculino significarían *impotencia*.

Si esto somos lo rechazamos en un grito de rabia, aún si no es decente que una mujer grite o insulte según las normas del discurso masculino, **GRITAMOS NUESTRA NECESIDAD DE EMPEZAR A VIVIR COMO PERSONAS.**

¡Si, en esto también somos emotivas, sensibles, creativas, intuitivas, sensuales, y porque no, también lloronas y miedosas, lo reivindicamos!



Cuento



Erasede que era un país en el que algunas gentes mandaban sobre muchas otras, así el rey y sus subditos solían mandar sobre sus esposas y sus hijas.

La hija del rey, una muchacha llamada Aida, era inteligente, emprendedora y valiente y nadie supo jamás si era bonita o fea.

Al cumplir Aida 15 años el rey se puso a pensar que ya era tiempo de casarla y, como era la costumbre en aquel país, decidió organizar una competencia de caballos. El jinete ganador obtendría una bolsa de monedas de oro y podría además, pedir la mano de su hija.

Cuando su padre le dio la noticia, Aida se enojó mucho. Encontraba injusto que su padre decidiera por ella y sobre todo no tenía ningunas ganas de casarse. Pero por más que discutió con su padre, platicándole todas las otras cosas interesantes que podría hacer en vez de casarse, no lo hizo cambiar de opinión.

Aida entonces sintió ganas de llorar, pero decidió que era mejor ponerse a pensar y llamó a sus amigas porque muchas cabezas piensan mejor que una.

Cuando llegaron Aida les contó lo que pasaba.

— ¡Oh! , se exclamó Lucía, ¡debe ser tan emocionante casarse!

— Bah, yo no siento que la vida de mi hermana sea tan emocionante, respondió Geranio.

— Ni la de mi tía! ... ni la de mi mamá! , agregaron Gloria y Blanca.

— Y es que de casarme a lo mejor tendría que dejar de escribir cuentos, comentó Aida tristemente.

— Pues yo no dejaría de cuidar animales ni por un esposo, se indignó Nadia.

— Pues si Clavel se casara, dijo Lucía muerta de la risa, seguro que a su esposo no le gustaría que estudiara las estrellas en vez de estudiarlo a él.

Ante las lágrimas de Aida decidieron elaborar un plan para salvarla. Se les ocurrieron muchas cosas emocionantes. Alguna propuso raptar al rey, a lo cual se opuso Aida, porque "aunque se portará mal era su papá". (Por cierto, le chiflaron por sacona). Otra sugirió esconderla. Imaginaron miles de escondites pero ninguno lo bastante seguro para que no la encontraran, además ya se imaginaban el drama que haría la reina. Lucía, que leía hasta los periódicos, las trató de convencer que la manera más actual era hacer una huelga de hambre. Pero nada más de pensarlo les dió un apetito tan feroz que se comieron cada una: 3 conchas, un cuerno, dos morelianas, seis dulces y tres barras de chocolate, que se robaron de la merienda del Rey, que por cierto era muy goloso.

Geranio que era muy buen jinete tuvo por fin una gran idea. "Lo que hay que hacer es que Aida gane la carrera y así no se tendrá que casar más que con ella misma". Entonces de común acuerdo cerraron un pacto: cada una ayudaría para que de aquí al día de la carrera Aida fuera la mejor jinete del reino.

Los preparativos se iniciaron y los papás empezaron a comentar lo raras que estaban las muchachas, hasta eso que no se portaban ni tan mal, pero, ¿qué hacían las largas horas que desaparecían? Por otro lado hubo gran alarma en todo el reino porque desapareció un caballo muy fino que acababa de comprar el rey. La verdad es que las muchachas lo habían tomado prestado pero cómo explicarlo sin descubrir el secreto. El caballo era un alazán llamado Trueno que era el mejor pero también el más salvaje.

En un principio a Aida le daba bastante miedo montar porque solía tratar de tirarla, pero, gracias a los buenos consejos de Geranio y a los buenos cuidados de Aida y de las otras muchachas, lograron domarlo y al poco tiempo, es más, era su amigo. Y así, Aida y Trueno llegaron a correr por el prado como si fueran uno solo.

Todos los días Aida corría en su caballo mientras que las muchachas montaban guardia alrededor del prado para que nadie se acercara. En los tiempos de descanso Nadia les explicaba como viven y

como se cuida a los caballos mientras que Trueno las miraba con sus grandes ojos de largas pestañas. A la única que hubo que regañar alguna vez fue a Blanca que se olvidaba de vigilar por ponerse a dibujar al jinete y su corcel.

Cuando ya se acercaba el día cosieron entre todas un traje azul celeste y compraron un sombrero de ala ancha que cubría gran parte del rostro de Aida.

En la fecha indicada estuvieron listas: Aida y Trueno corrían rápido como la luz. Los numerosos jóvenes que habían acudido de todos los rincones del reino daban los últimos cuidados a sus hermosos caballos. En palacio un festín esperaba al vencedor. Cuando llegó el rey a la tribuna real los espectadores gritaban de júbilo. Los 28 jinetes montaron sus caballos y se dirigieron a la línea de salida. La reina un poco inquieta por la tardanza de su hija Aida se preparó a dar la señal de partida. Al levantar su pañuelo blanco sonaron las trompetas y los 28 caballos arrancaron al mismo tiempo. Levantaban una tal nube de polvo que era difícil distinguir el color de las monturas. Poco a poco se fueron desprendiendo del grupo dos caballos, uno montado por el conde Aligator y otro montado por un desconocido de traje azul celeste. Los dos caballos iban cabeza con cabeza cada vez más rápido. A pocos metros de la meta el conde iba ganando pero de repente el otro corcel como si se desbocara lo pasó rápido como un rayo y llegó con un cuerpo de ventaja a la meta.

Aida bajó de su caballo jadeante por el esfuerzo pero feliz como nunca lo había estado. Se quitó el sombrero causando una gran exclamación de asombro. Los hombres no lo podían creer ¡una mujer en la carrera y había ganado! Las mujeres y las muchachas aplaudían con fuerza. La reina reía feliz, mientras que el rey se ponía de todos colores no sabiendo que actitud tomar. El primer ministro trataba de no dejar ver su turbación, y en vista de que ninguna ley prohibía que las mujeres participaran en la carrera, se acercó a premiar a Aida. Esta decidida fue hacia su padre que, en vista de como había actuado el primer ministro, no tuvo más remedio que felicitarla.

Con el dinero del premio Aida se apresuró a comprarle a su padre a su querido amigo Trueno y montada en él se fue a viajar por todo el reino, aprendiendo muchas cosas de como vivían otras gentes.

La gente decía que Aida había ganado porque era una mujer excepcional. Pero las niñas sabían que Aida había ganado gracias al esfuerzo de todas. Y como siguieron ayudándose pronto la otra gente tuvo que reconocer que las mujeres podían hacer eso y mucho más. Y los niños que nacieron después, no trataban a las niñas "como si" fueran iguales sino que las supieron por propia experiencia sus iguales.



Beto y su muñeca

Te voy a contar una historia:
el día que mi amigo Beto cumplió cinco años le
dieron muchos regalos: un bat, una manopla,
una pelota, también canicas y un trompo, un
cochecito y una pistola.

Beto estuvo muy contento este día, pero no le
dieron lo que más quería.



quiero una muñeca
para abrazarla y vestirla,
aprender a bañarla y darle su
mamila; por las noches arrullarla
y si ella se enfermara yo
estaría con ella.



Cuando oyeron lo que Beto quería, sus papás, sus tios,
sus vecinos y también algunos de sus amigos dijeron
asombrados:



¡una muñeca!
¡Beto quiere una muñeca!
¡que barbaridad!
¡las muñecas son
para las niñas!

un día llegó la abuela de Beto a visitarlo y le
preguntó: cuéntame Beto, cuéntame nietecito...

¿A que te gusta jugar?

Y Beto le contestó:
me gusta jugar al beis, al trompo, a las canicas,
a los coches, a los vaqueros, pero yo todo lo
cambiaría por poder jugar a las muñecas.

Y la abuela de Beto le regaló una muñeca.

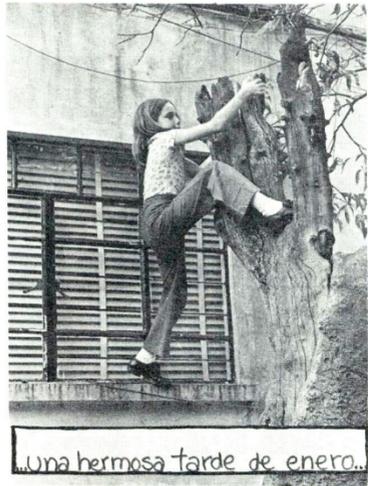


cuando Beto sea
grande quizá algún día
él quiera tener un hijo
para abrazarlo y vestirlo,
bañarlo y darle su
mamila, por las noches
arrullarlo y si su
hijito se enferma,
él estará
con él.

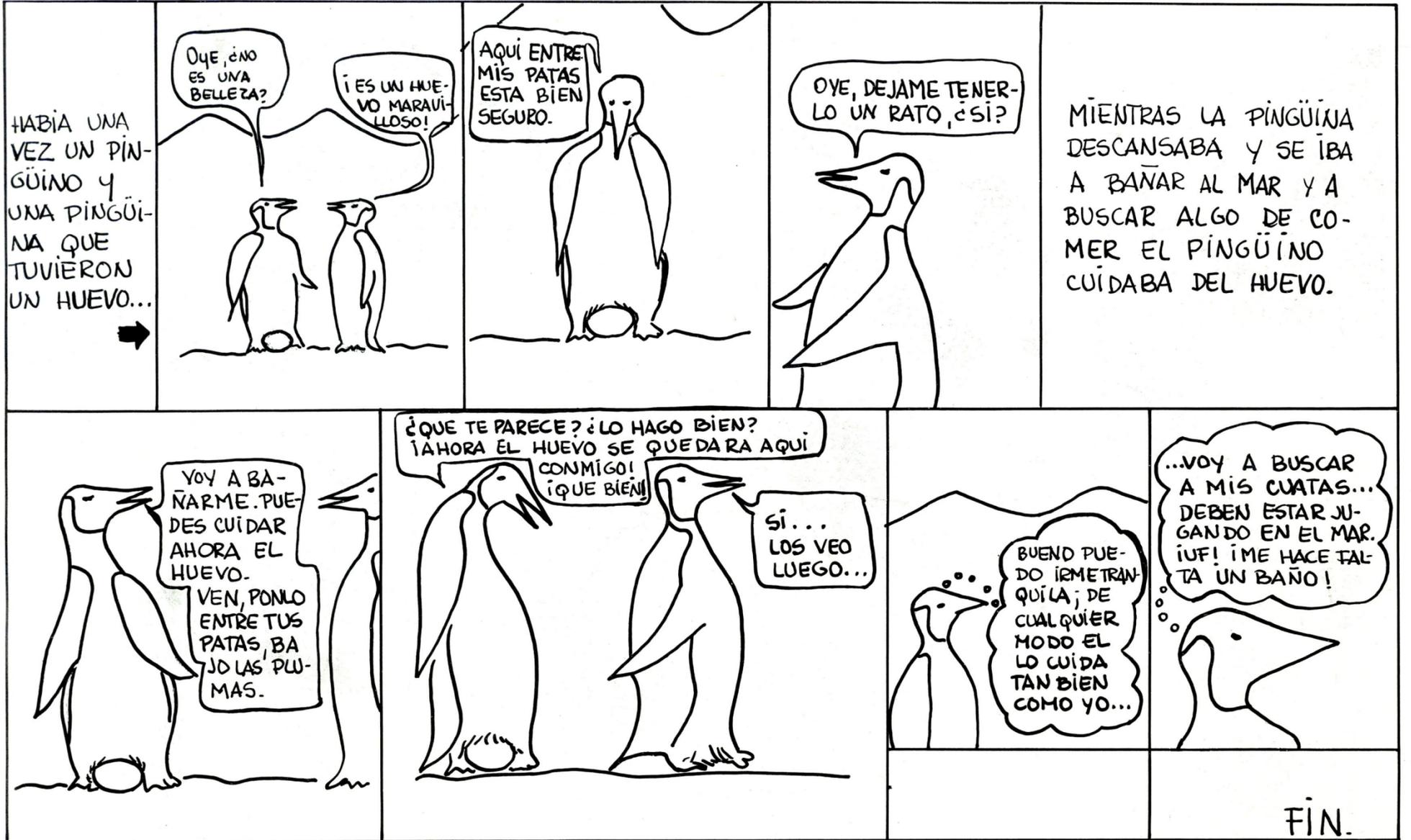
¡Beto ya tiene
una
muñeca!



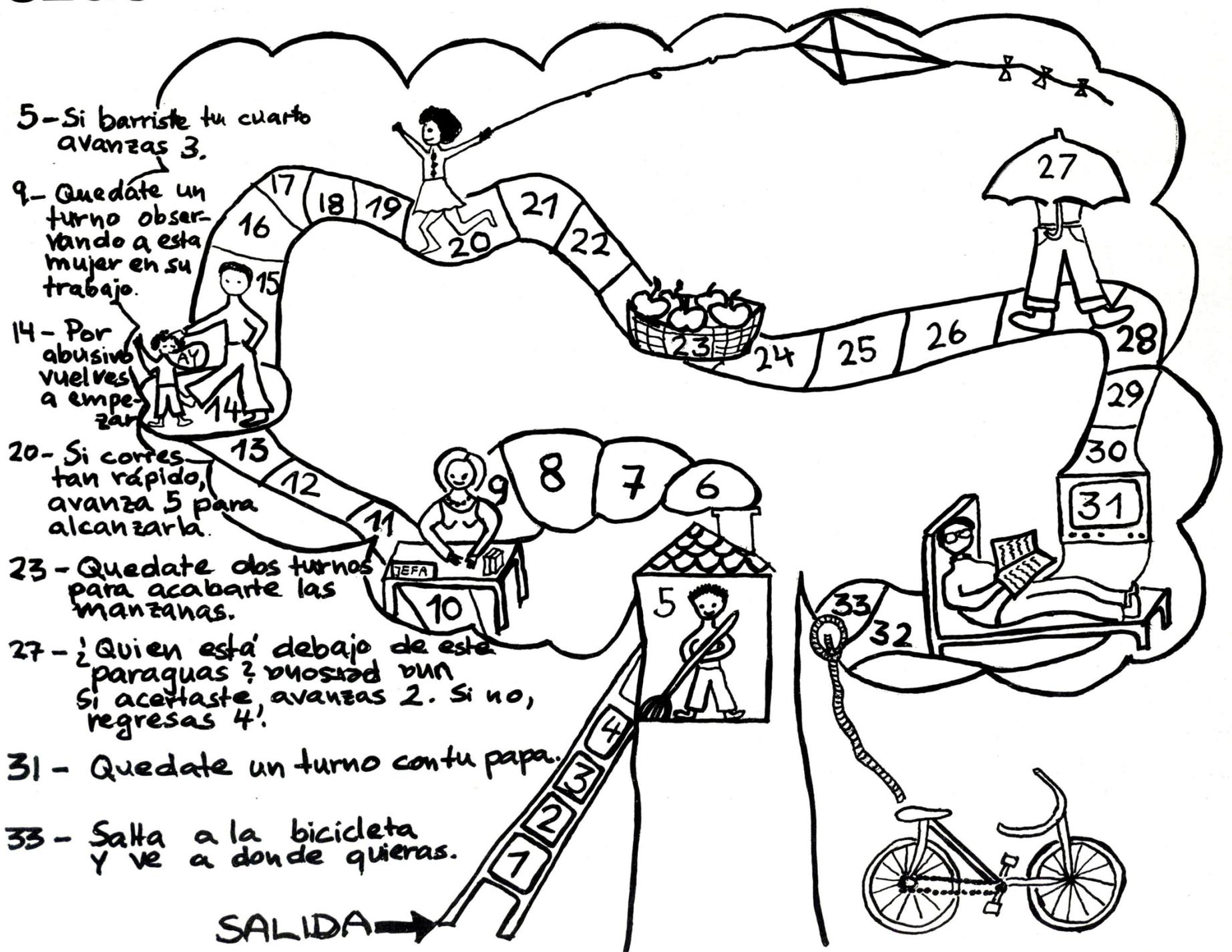
Fotonovela



Los pingüinos



JUEGO



ENTREVISTAS

Natalia, 3 años

- ¿Qué quieres hacer cuando seas grande?
- Subirme sola a los camiones. . .
- ¡¡¿¿!!
- Porque soy fuerte y puedo.

Daniela, 9 años

- ¿Qué quieres hacer cuando seas grande?
- Cantante, salir en televisión. Cuando juego siento que estoy haciendo una película y la hago muy bien. También me gustaría ser secretaria. . . porque me gusta escribir, mandar recados y hacer cuentos.
- ¿Qué otras cosas te gusta hacer?
- Jugar.
- ¿Te regalaron juguetes en Navidad, verdad?
- Sí.
- ¿Cuáles?
- Una sinfonola, un juego de té, un juego de boliche y unas muñecas con ropa.
- ¿Juegas mucho a las muñecas?
- Sí, me encanta. Juego con mi vecino que tiene unas iguales, nada más que las de él son hombres y las mías mujeres.
- ¿Cuál prefieres. . .?



- Las mujeres, hacen más acción que los hombres (eso con las muñecas, ¡eh!)
- ¿Y qué opinas de los juegos de los niños?
- No sé, en la escuela no juego mucho con ellos y tampoco ellos juegan mucho conmigo. Con mi vecino juego a que nos enamoramos.
- ¿Qué es enamorarse?
- Como una cosa que las personas sienten, se quieren, demuestran amor.
- ¿Te gustaría enamorarte?
- Cuando sea grande. . . Mira, en la escuela jugamos las niñas con los niños chiquitos, entonces mejor de grande.

- ¿Por qué juegan con los chiquitos y no con los grandes?
- No se, no se. . . nos gusta.
- ¿Te gustaría casarte?
- Sí, de grande.
- Me dijiste que de grande querías ser cantante y actriz. ¿Cómo le vas a hacer?
- Bueno, primero cantante, luego actora y después me caso.
- ¿Crees que las mujeres deben salir a trabajar fuera de la casa?
- Sí, yo creo que hombres y mujeres.
- ¿Y quién va a hacer el trabajo de la casa?
- Lo de la casa también entre los dos.
- ¿Crees que los hombres y las mujeres pueden hacer los mismos trabajos?
- . . . Bueno, algunos sí, pero si eres director de una fábrica o algo así, pues a mi se me haría difícil porque la mujer no puede mover una máquina o asegurar que la llama esté prendida todo el tiempo. He visto que algunas mujeres trabajan en fábricas pero a mi no me gustaría eso.
- ¿Piensas que los hombres son más inteligentes que las mujeres?
- ¡Eso si no! !! Las mujeres pueden ser inteligentes y ser tontas y los hombres también. Hay unos inteligentes y otros que son tontos.
- ¿Cómo son las mujeres?
- La mayoría tiene cosas que el hombre no tiene. Por ejemplo, los pechos. . . El pipí del hombre no es como el de la mujer.
- ¿Cómo es el de la mujer?
- Es como un hoyo.
- ¿Tiene algún nombre?
- No sé.
- Se llama vulva. ¿Has oído hablar del clítoris?
- No, ¿qué es eso?
- Así se llama el sexo de la mujer y el del hombre pene.
- ¡Ah! Las mujeres de mi salón le dicen pene a lo de nosotras.

El león y la paloma

Rousseau mira a las niñas.

Al hablar de educación no puede dejar de mencionarse a Juan Jacobo Rousseau como uno de los primeros defensores de la niñez. En épocas en las que la educación se entendía como una necesidad de corrección de la malvada naturaleza humana, épocas de encierros y palizas, sermones y castigos interminables, escribe Rousseau su "Emilio o de la Educación" para escándalo y desasosiego de sus contemporáneos.

"Es cosa muy extraña que desde que se ocupan los hombres de la educación de los niños, no hayan imaginado otros instrumentos para conducirlos, que la emulación, los celos, la envidia, la vanidad, el ansia, el miedo, todas las pasiones más peligrosas, las que más pronto fermentan y las más capaces de corromper el alma, aún antes de que esté formado el cuerpo. Todos los instrumentos se han probado, menos uno, precisamente el único que puede surtir efecto; la libertad".

Sin embargo, el gran liberador de conciencias mira a las niñas como un apéndice de la infancia a la que contempla conformada únicamente por niños varones, del mismo modo que mira a las mujeres todas como un extraño añadido de la humanidad. Las proposiciones educativas liberadoras de Rousseau son para el niño hombre, para su entrañable Emilio y solamente rescata a la niña, a su Sofía, cuando la perfección de Emilio exige una compañera.

Sofía es concebida en relación a Emilio, existe porque él la necesita. También Eva fue creada para Adán, del mismo modo que cada una de nosotras nacemos para el que habrá de llegar. De esto nos explica Rousseau que el tratamiento que él da a su personaje niña no obedece a razones o inventos sino a la misma naturaleza, a la cual ha observado devotamente. Nos dice el fundador del romanticismo que como la naturaleza bien lo muestra la mujer ha de depender del hombre. pues al igual que en

sus seres salvajes, ella es como paloma, "pasiva y débil". él, como león "fuerte y activo". Por esencia Emilio se debe a sí mismo, Sofía se debe a Emilio.

"Así como es hombre Emilio, Sofía debe ser mujer; quiero decir ha de tener todo cuanto conviene a la constitución de su sexo y su especie para ocupar su puesto en el orden físico y moral. El destino especial de la mujer es agradar al hombre".

¿Es que Sofía debe estar a merced de Emilio por naturaleza? ¿Está en su constitución celular su incapacidad para llevar las riendas de su propia vida? ¿Sofía no es esencialmente persona sino compañera?

Es una lástima que Rousseau no haya podido tener conocimientos antropológicos que sembraran en él una reflexión científica sobre la naturaleza de los sexos. ¿Qué hubiera pensado él saber que en países lejanos que se encuentran aún en estado "salvaje" son las mujeres las que van a la caza mientras los hombres se adornan para sus danzas?

Rousseau parte de una premisa falsa y por lo tanto llega a conclusiones equivocadas. Cuando él dice que dada la naturaleza de la mujer, la educación que a ésta le conviene debe estar en relación a los hombres, ". . . agradecerles, serles útil, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, hacerles suave y grata la vida. . ." no se da cuenta de que es precisamente esta educación la que forma a las niñas débiles y sumisas y no su propia naturaleza.

"Lo que mejor sabe Sofía, y lo que con más esmero le han hecho aprender, son las tareas de su sexo, aún aquellas poco usadas como cortar y coser vestidos. No hay obra de aguja que no sepa hacer bien y con gusto. También se ha aplicado a todas las menudencias caseras: entiende de cocina y de repostería, sabe el valor de los comestibles, conoce la calidad de ellos, lleva bien las cuentas y hace de mayordomo. Al igual le han enseñado una de las primeras obligaciones de la mujer que es la

limpieza, obligación especial, indispensable, impuesta por la Naturaleza, tanto la han inculcado a Sofía desde su más temprana niñez; tanta limpieza han exigido de ella en su persona, en su ropa, en su aposento, en su labor, en su tocador, que convertido este esmero en costumbre le ocupa la mayor parte del tiempo. Tiene Sofía agradable el entendimiento sin que sea brillante o profundo, siempre tiene el que agrada a las gentes con quienes razona, conforme a la idea que tenemos de la cultura del entendimiento de las mujeres; porque no se ha formado el suyo con la lectura, sino sólo con las conversaciones con su padre y su madre y con las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto. . ."

Rousseau, el demoledor de la "civilización", el revolucionario, nos hereda los bienes de un mundo transformado, acabadas las miserias de la servidumbre, un mundo que florece sobre las "sagradas" leyes de la propiedad privada, propiedad en pocas manos que otorga el poder sobre todas las demás. Hay detrás de la idea liberal de femineidad una defensa de la mujer como propiedad privada y una expresión del temor de perder los privilegios de poseedor. Así como se vuelven necesarios los cinturones de castidad para asegurar la legitimidad de los hijos y con esto la continuación del poder económico, del mismo modo las proposiciones roussonianas de educación para las niñas son ataduras mentales que aseguran la permanencia del poder masculino. El hecho de educar a una niña, no para su desarrollo como persona, sino para el cumplimiento predeterminado de un papel en la vida, ¿no es acomodarle en su inteligencia un armazón de hierro? ¿no es una acción tan violenta como la violencia corporal contra la que se pronunciaba nuestro actor?

"La mujer fue destinada a ceder al hombre, y aún a aguantar su injusticia. Nunca reduciréis a los muchacos al mismo punto: se exalta en ellos el sentido interno que repugna la injusticia, pues no lo formó la Naturaleza para tolerarla".

Todo lo revolucionario que es Rousseau en su proyecto de educación para Emilio, lo es esclavista en su planteamiento para Sofía. Todo lo razonable y liberador que es hacia uno, lo es autoritario y arbitrario para la otra.

Miles y miles de pequeñas Sofías están siguiendo los principios educativos de Rousseau, puede ser que ligeramente cambiados pero esencialmente los mismos, miles y miles de niñas están siendo personalmente mutiladas en nombre de su dulce y débil naturaleza. Todavía es tiempo de salvarlas.

Las maestras son después de las madres (o padres) las personas adultas principales con las que se relacionan las niñas y los niños. Después y al lado de la familia la escuela es el lugar donde hacen ver a las niñas su destino como madres y amas de casa. El sexismo en la escuela no sólo se manifiesta en los libros de texto sino sobre todo en las actitudes de las maestras, actitudes sexistas tan interiorizadas que ya ni son concientes. En las pequeñas cosas cotidianas se hace evidente como las maestras exigen cosas distintas a los niños que a las niñas.

Generalmente, las pequeñas personas de 3-4 años ya internalizaron a tal grado sus respectivos papeles que cuando pueden elegir sus juegos, las niñas se irán a la cocinita, a las muñecas y los niños a los aviones y coches. Las maestras, a la vez que refuerzan las conductas "femeninas" en las niñas, las critican y se quejan de ello. Existe todo un discurso misógino en las mismas maestras: "Las niñas tienen menos fantasía, menos imaginación que los niños; las historias que cuentan se centran en la familia, en la casa, son dependientes y lloronas". Esto es: se les reprocha a las niñas estar donde han sido encerradas. "¡Qué caprichosas son!" es como si las maestras se vieran en un espejo y no aguantaran la imagen.

Y es que las maestras son tan víctimas de los roles que no les es nada fácil romper con las costumbres, con lo que aparece espontáneo, normal y natural. Su función consiste, en efecto, en reproducir lo que es femineidad y masculinidad según nuestra sociedad patriarcal.

El trabajo de maestra no es considerado realmente un trabajo-fuera-de-la-casa, puesto que ella desempeña una tarea que le es "innata": ocuparse de los niños.

En la enseñanza primaria las mujeres representan la abrumadora mayoría; la creencia de que sólo las mujeres pueden educar a los niños y a las niñas pequeñas es, de alguna manera, monopolizar los "privilegios" de la opresión. Pero por otra parte, sustituir a las maestras por maestros no garantizaría nada: ellos también transmiten los estereotipos, tienen también distintas exigencias a niñas y niños.

No se trata tampoco de educar a las niñas como niños, se trata más bien de abolir estos roles que tanto limitan el desarrollo de la personalidad. Sólo la invención de una identidad femenina permitirá encontrar nuestro espacio, nuestro ser. Y sólo a partir de allí podrá cambiar la relación maestra-niña.

El principio de la educación seguirá siendo el mismo: modelar al niño según el adulto; y aún, sin manipularlos serán lo que son los adultos: *el espacio de las niñas depende del espacio de las mujeres*, espacio que se debe crear en cada instante que exige el trabajo colectivo de las mujeres madres-maestras-niñas para que éstas puedan dejar de vivir en la negación de ellas mismas.

Diálogo entre una niña y un niño de cuatro años:

Niño: Cuando me hacen daño, no me duele, yo soy fuerte.

Niña: Cuando me hacen daño, me duele y cuando me empujan, me caigo.
reflexionemos. . .

Breve Resumen de un artículo de Martine Storti:
Les institutrices au lieu des petites filles.
Les Temps Modernes, Mayo 1976.

La familia como institución mantiene a cada individuo cumpliendo un papel determinado dentro de ella. Esto tiene el fin de preservar y transmitir los valores que la sostienen.

Determina que la posibilidad de educación de los padres a los hijos dentro de ella no pueda ser un acto conciente, voluntario. Los hijos aprenderán así que existe una estricta división del trabajo, que cada quien, dentro de su rol se polariza, y más que ver al padre y a la madre como seres humanos, los verán como absolutos: el padre es ese ser lejano que sale, que se ausenta; la madre la que se queda, la que es parte de la casa, la que está siempre ahí.

El lugar de trabajo del padre está fuera de la casa, el de la madre dentro de ella. Así la responsabilidad directa de la educación de los hijos recae sobre la mujer. La relación entre el padre y los hijos es indirecta y generalmente pasa a través de ella. Sin embargo, esto no le da la libertad de elegir que es lo que ella quiere que sus hijos aprendan. Ella misma está atrapada en los valores que acabará transmitiendo. La mujer educará a sus hijos a su imagen y semejanza; así como ella fue condicionada condicionará a la niña y al niño tratándolos de manera diferente. Preparará a su hija para el matrimonio y la maternidad. La niña reproducirá la relación madre-hija con sus muñecas; como su madre, no tendrá un espacio ni un lugar como persona independiente, siempre se realizará a través de los demás. El niño, a su vez imitará la figura paterna. El aprendizaje al interior de la familia es práctico, es una enseñanza realizada día con día. La madre no necesita insistir sobre la lección, los niños vivirán con ella las relaciones jerarquizadas de la familia, verán de cerca la relación subordinada, dependiente y sumisa de la mujer.

La mujer es un ser social y tiene un papel determinado que cumplir dentro de la familia. La familia como soporte del sistema, tiene que perpetuarse, y es aquí donde la mujer cumple con la asignación que el sistema le ha impuesto. En la medida en que la mujer está inmersa en este sistema y confinada al aislamiento del trabajo doméstico no puede romper con el rol que se le ha asignado; de tal manera que no puede distinguir la trascendencia de ser la educadora directa de sus hijos dentro de la familia. Sólo pudiendo reconocer el potencial de cambio que tiene entre sus manos y la importancia de romper con este condicionamiento que transmite a sus hijos, podrá crear hombres y mujeres fuera de las relaciones de opresión.

Nos han preguntado: ¿"qué es el sexismo"? No es un concepto abstracto, es una actitud, un hecho con el que nos topamos todos los días. Aquí tenemos una prueba: una lista de adjetivos con los que son calificados niños y niñas diariamente en las escuelas y en sus casas. Y no sólo niños y niñas; estas etiquetas se quedan durante toda la vida.

Las niñas son:

dóciles
inseguras
timidas
débiles
fragiles
lloronas
pasivas
sumisas
miedosas
tontas
celosas
nerviosas
caprichosas
llamativas y graciosas
limpias
púdicas
chismosas

Los niños son:

emprendedores
independientes
inteligentes
imaginativos
aventureros
ingeniosos
responsables
fuertes
sanos
agresivos
intrépidos
activos
creativos
inquietos
seguros
deshinibidos

BIBLIOGRAFIA:

EVA FIGES, **Actitudes Patriarcales.**

Alianza Editorial, España

JULIET MITCHELL, **La condición de la mujer**

Ed. Extemporáneos, México

SIMONE DE BEAUVOIR, **El segundo sexo**

2 tomos. Ed. Siglo XX Argentina

GISELE HALIMI, **La causa de las mujeres**

Ed. Era, México

MARGARET RANDALL, **Las mujeres.**

Ed. Siglo XXI México

ELENA GIANINI BELOTTI, **Du côté des petites filles**

Editions Des Femmes, Paris

VARIAS, **Les Petites Filles.**

Temps Modernes, Mayo 1976



REDACCION LA REVUELTA

JUEVES DE 7 A 10 P.M.

TEL. 554 54 85